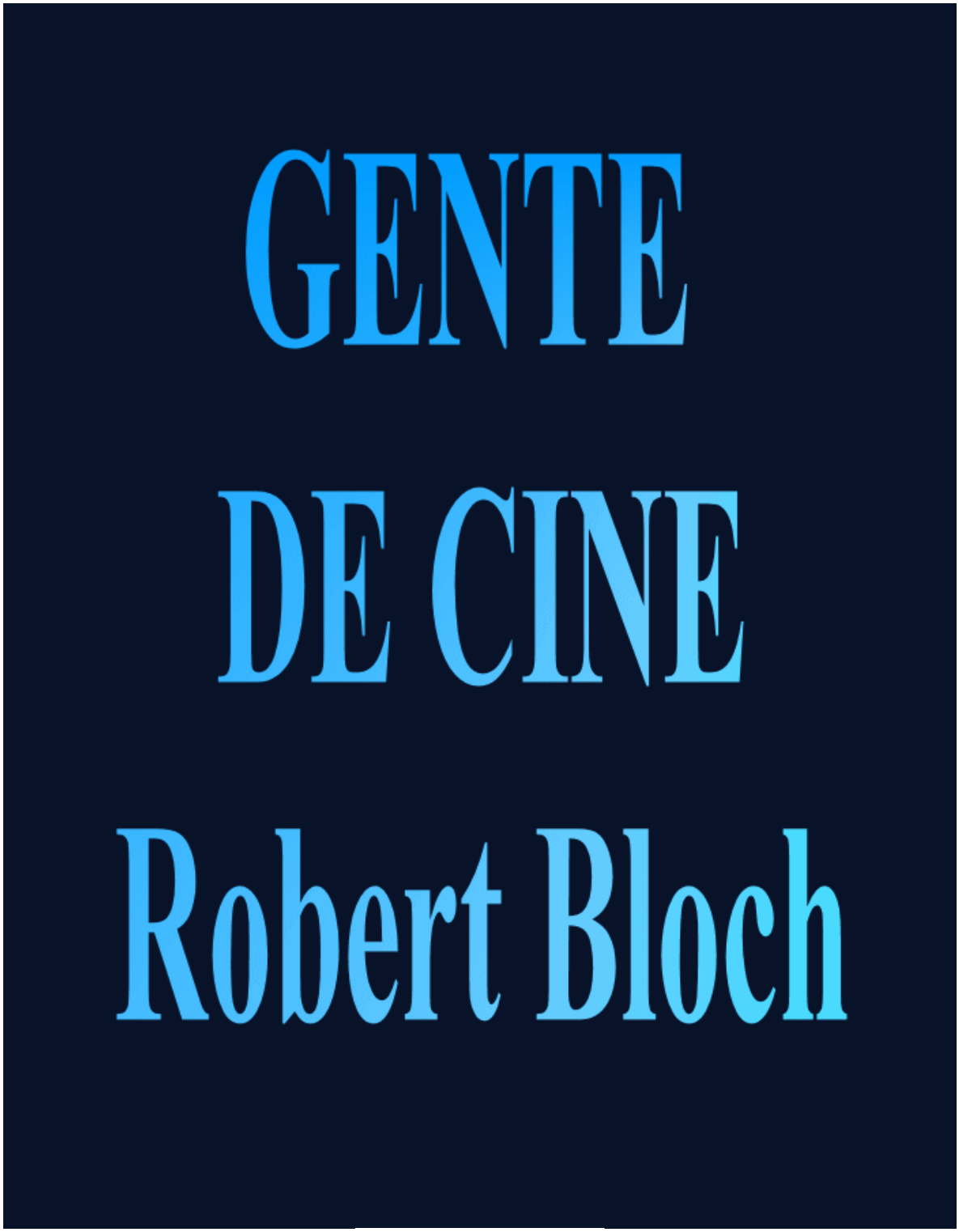
GENTE DE CINE
Robert Bloch



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dos mil estrellas, tal vez más, hay consignadas en las placas de metal que, colocadas en las aceras a lo largo del Hollywood Boulevard, llevan grabado el nombre de alguien de la industria cinematográfica. Los que vienen de aquel tiempo, aquellos nombres, desde Broncho Billy Anderson hasta Adolph Zukor, todos están allí.

Todos, menos Jimmy Rogers.

Usted no encontrará el nombre de Jimmy, porque él no fue una estrella, ni siquiera un actor que recita un pequeño papel... solamente un extra.

-Pero yo lo merezco -me dijo-. Yo tengo derecho, si alguien lo tiene. Me inicié aquí en 1920, cuando era sólo un chico novato. Si usted mira con atención, alcanzará a verme en los planos de comparsas en *La marca del Zorro.* Participé en más de cuatrocientas cincuenta películas desde entonces, y sin embargo me conservo en buen estado. No quedan muchos que puedan batir ese récord. Es de suponer que a un tipo eso le da derecho a algo.

Quizá sí, pero no hubo papel principal para Jimmy Rogers, y de conservarse en buen estado era pura fanfarria. Hoy en día, Jimmy se consideraba afortunado si conseguía que le llamaran para una breve escena una o dos veces en el año. No hay sitio para uno de la vieja guardia con una bufanda blanca, excepto en una escena de cantina en una película de vaqueros.

Casi todo el tiempo lo pasaba Jimmy deambulando por el boulevard; una absurdidad de alta estatura erguida a lo militar, entre la multitud de turistas, gente fatigada y especímenes fenomenales. Su domicilio estaba en Las Palmas, en algún lugar al sur de Sunset. Nunca he estado allí, pero podía imaginar el aspecto de su lugar de residencia: uno de esos callejones de casitas que parecen cuartos para baños turcos, erigidos aproximadamente en tiempos de su quiebra en el cine y aún en pie por milagro, por la gracia de Dios y para desgracia de las autoridades urbanísticas. Esa es la especie de lugar en que Jimmy recalaba; pues en realidad, no *vivía* allí.

Jimmy Rogers vivía en el Cine Mudo.

El Cine Mudo se encuentra por Fairfax, y es la única sala de la ciudad donde es posible ver *La marca del Zorro*. Siempre se pasa un corto de Chaplin, y habitualmente otro de Laurel y Hardy, junto con una película en episodios protagonizada por Perla White, Elmo Lincoln o Houdini. Y las atracciones son importantes... el primer Griffith y De Mille, Barrymore en *Dr. Jeckill y Mr. Hyde*, Lon Chaney en *El jorobado de Notre-Dame,* Valentino en *Sangre y arena*, y un centenar más.

El programa cambia cada viernes, y cada viernes por la noche Jimmy Rogers se presentaba allí y dejaba caer sus noventa centavos en la taquilla, dispuesto a ver *El pirata negro* o *El hijo del Sheik* o *Huérfanas de la tempestad.*

Volver a vivir.

Porque Jimmy no iba a ver a Doug y Mary, o Rudy o Clara o Gloria o a las hermanas Gish. Iba para verse a sí mismo en las escenas de los comparsas.

Eso, al menos, creí yo la primera vez que le encontré. Esa noche proyectaban *El fantasma de la Ópera*; pasé el descanso con un cigarrillo, fuera de la sala, examinando la exhibición de carteles.

Aunque me lo preguntaran bajo juramento, no podría decir de qué manera empezó nuestra conversación; pero fue la primera ocasión que tuve de oír la cantilena de Jimmy acerca de sus cuatrocientas cincuenta películas y su conservarse en forma.

-¿Me ha visto ahí dentro esta noche? -preguntó.

Le miré y meneé la cabeza; pese a su gastado traje de confección en serie y la barba blanca, Jimmy Rogers no era la clase de persona que uno distingue de los demás entre el público.

-Supongo que la penumbra no me permitió reparar en usted -respondí.

-Pero había antorchas -recalcó Jimmy- Yo llevaba una.

Entonces entendí el mensaje. Él aparecía en la película.

Jimmy sonrió y se encogió de hombros.

-Diablos, sigo permaneciendo olvidado. Usted no me reconoció. Hicimos el *Fantasma* en el año veinticinco. Mi aspecto era tan juvenil, que los de maquillaje me encasquetaron violentamente un bigote y un peluquín negro. Difícil notar mi presencia en las escenas de las catacumbas, todas tomas largas. Pero al final, cuando Chaney contiene a la turba, destaco muy bien sobre el fondo, exactamente a la izquierda de Charley Zimmer. Es uno de los que amenazan con el puño. Yo estoy blandiendo mi antorcha. Hubo un montón de problemas con esa película, pero realizamos esa escena en una sola toma.

En semanas de asistencia, fui viendo más de Jimmy Rogers. En ocasiones aparecía en primer plano, la verdad sea dicha, y yo nunca le reconocí; era un hombre joven en esos filmes de los veinte, y sus intervenciones se limitaban a un centelleo instantáneo, un rostro desleído entrevisto entre la multitud.

Pero Jimmy siempre se encontraba mezclado con el público, aunque no hubiera actuado en la película. Y una noche tuve oportunidad de averiguar por qué.

Estábamos en el descanso, afuera, de pie. Por aquel entonces, Jimmy tenía ya la costumbre de hablar conmigo, y esa noche nos sentamos uno al lado del otro durante la proyección de *La carreta cubierta.*

Nos encontrábamos allí, y Jimmy parpadeó en mi dirección.

-¿No era bella? -preguntó-. Nunca se ha vuelto a ver algo así.

Asentí.

-¿Lois Wilson? Muy atractiva.

-Estoy hablando de June.

Miré fijamente a Jimmy, y entonces me di cuenta de que no parpadeaba. Estaba llorando.

-June Logan. Mi chica. Era su primera intervención: la escena del ataque de los indios. Tendría unos diecisiete años..., aún no la conocía; dos años más tarde nos conocimos en la First National. Pero usted la habrá notado, Era la única con largos rizos rubios.

-¡Oh!, *ésa* -asentí nuevamente-, Tiene razón. Era bella.

Y yo era un mentiroso, porque no recordaba en absoluto haberla visto; pero quise que el viejo se sintiera bien.

-Junie aparece en un montón de películas que pasan aquí. Y desde el veinticinco en adelante, actuamos juntos en medio de una banda de extras. Durante un período hablamos de las dificultades que nos cercaban, pero ella empezó a labrarse un camino haciendo pequeños papeles -sirvientas y esas cosas-, y yo nunca salí del trabajo de extra. Ambos estuvimos en el negocio lo bastante para saber que no funcionaba cuando uno de los dos permanece en el anónimo y el otro se encamina a una gran carrera.

Jimmy compuso una mueca y se secó los ojos con algo que podía ser un pañuelo.

-Usted cree que le estoy tomando el pelo, ¿no? Acerca de la carrera, quiero decir. Pero ella iba a lo grande; pronto hubiera hecho papeles secundarios.

-¿Qué pasó? -pregunté.

La mueca se disolvió y retornó el parpadeo,

-El sonido la mató.

-¿No tenía voz para los diálogos?

Jimmy balanceó la cabeza.

-Ella tenía una gran voz. Le dije que estaba perfectamente preparada para papeles secundarios... en 1930 había aparecido en una docena de películas sonoras. Entonces el sonido la mató.

Había oído mil veces aquella expresión, pero nunca de aquel modo. Porque la manera en que Jimmy lo contaba, daba la impresión de que eso exactamente ocurrió. June Logan, su chica Junie, se encontraba en el plató durante la filmación de una de esas primitivas epopeyas con diálogos, canciones y bailes. El director y el equipo de cámaras, buscando librarse de la tiranía del micrófono estacionario, se procuraron lo necesario para construir un micro sobre algo así como un botalón móvil. Tales cosas no formaban parte todavía del equipo habitual, y se trataba de un experimento. Por algún motivo, en el transcurso de una toma, se soltó la precaria repisa, estrellándose sobre el cráneo de June Logan.

Ese episodio jamás trascendió a los periódicos, ni siquiera a los sindicatos; el estudio echó tierra sobre el asunto y June Logan tuvo un discreto funeral;

-Hace alrededor de cuarenta malditos años -dijo Jimmy-. Y aquí estoy, llorando como si fuera ayer. Pero ella era mi chica...

Y era aquélla la otra razón por la que Jimmy Rogers concurría al Cine Mudo. Iba a visitar a su chica.

-¿No ve? -me decía-. Ella, en todas esas películas, está aún viva sobre la pantalla. Tal cual era cuando estábamos juntos. Cinco años; los mejores para mí.

Yo podía comprenderlo. Los dos, enamorados cada uno del otro, y de las películas. Porque en aquellos días la gente amaba las cintas. Y estar realmente en ellas, incluso en pequeños papeles, era su idea del séptimo cielo.

El séptimo cielo, ésa es otra de las películas que vimos en la que June Logan actuaba en una escena de masas. Durante las semanas siguientes, con la ayuda de Jimmy, también yo alcancé a ver a su chica. Y él había dicho la verdad... era una belleza. Una vez que se la advertía, que verdaderamente se la veía, ya no se la olvidaba. Aquellos rubios rizos, aquella sonrisa, la identificaban perfectamente.

Un miércoles por la noche, nos encontrábamos Jimmy y yo sentados juntos viendo *El nacimiento de una nación*. Durante una panorámica callejera, Jimmy me golpeó el hombro.

-Miré, allí está June.

Miré atentamente la pantalla, después cabeceé.

-No la veo.

-Espere un segundo..., ahí está nuevamente. ¿Ve? lejos, a la izquierda, detrás del hombro de Walthall?

Se veía una imagen borrosa y en seguida la cámara segula a Henry B. Walthall mientras se alejaba.

Eché una ojeada a Jimmy. Se estaba levantando de su asiento.

-¿Adónde va?

Salió afuera.

Fui detrás de él y le hallé reclinado sobre la pared bajo la marquesina, respirando agitado; su piel tenía el color de sus patillas.

-Junie -murmuró-. La vi...

Aspiré profundamente.

-Escúcheme. Usted me dijo que su primera película fue *La carreta cubierta.* Se realizó en 1923. Y Griffith filmó *El nacimiento de una nación* en 1915.

Jimmy no habló. Ambos sabíamos qué haríamos... entrar de nuevo en la sala y ver la segunda función.

Cuando la escena se proyectó otra vez, observábamos y esperábamos. Miré a la pantalla y luego dirigí una mirada a Jimmy.

-Se ha ido -susurró-. No está en la película.

-Nunca lo estuvo -le respondí-. Usted lo sabe.

-Sí -Jimmy se puso de pie y partió sin rumbo en la noche, y no volví a verlo hasta la semana siguiente.

Es decir, cuando pasaban el cortometraje con Charles Ray... He olvidado el título; él hacía su usual papel de muchacho de campo, y había un partido de béisbol en el punto culminante en que Ray entraba y ganaba.

La cámara realizó una amplia pasada panorámica sobre la muchedumbre sentada en las gradas, y alcancé a distinguir una momentánea visión de una muchacha sonriente con largos bucles rubios.

-¿La ha visto? -Jimmy me apretó el brazo.

-Esa muchacha...

-Era Junie. ¡Me guiñó un ojo!

Esa vez fui yo el que se levantó y salió. Él me siguió, y yo estaba esperando en el frente del auditorio, muy cerca del cartel de exhibición.

-Véalo usted mismo -señalé el cartel con la cabeza-. Esta película fue rodada en 1917 -forcé una sonrisa-. Usted ha olvidado que en las películas había miles de extras rubias y bonitas y que la mayoría llevaban rizos.

Él, allí de pie, temblaba, sin prestarme atención en absoluto; yo puse una mano sobre su hombro.

-Ahora, mire aquí...

-Yo *estuve* mirando aquí -dijo Jimmy. Semana tras semana, año tras año. Y usted muy bien puede saber la verdad. Esta no es la primera vez que aparece. June ha estado apareciendo en películas y películas en las que yo nunca supe que hubiera actuado. No sólo en las primeras, anteriores a su época, sino también más tarde, en las de los años veinte, cuando yo la conocí, cuando yo sabía exactamente en cuáles trabajaba. A veces es solamente un rápido destello, pero la veo... luego vuelve a irse. Y en la siguiente proyección, ya no aparece. Es tan real que por un tiempo casi tenía miedo de acudir a ver una función... creí que enloquecía. Pero ahora, usted la ha visto también...

Mi cabeza osciló suavemente.

-Lo siento, Jimmy, Yo nunca dije eso.

Le miré, y después hice un gesto hacia mi auto, aparcado junto al bordillo.

-Se le ve cansado. Venga, le llevaré a casa.

Se le veía peor que cansado; parecía perdido y solo e infinitamente viejo. Pero había un centelleo porfiado en sus ojos, y se mantuvo en lo suyo.

-No, gracias. Me quedaré por aquí para la segunda función.

Cuando me deslicé tras el volante, le vi volverse y entrar en el cine, en el lugar en que el presente se convertía en el pasado, y el pasado devenía presente. Allá

arriba, en la cabina, la llaman máquina de proyección, pero en realidad es una máquina del tiempo; está en su poder devolverle a uno el pasado, jugarle una estratagema a la imaginación y a la memoria. Una muchacha muerta hace cuarenta años vuelve a vivir, y un viejo revive su desvanecida juventud...

Sin embargo, yo pertenecía al mundo real, y allí permanecí. No volví al Cine Mudo la semana siguiente, ni la otra.

Y la siguiente vez que vi a Jimmy fue casi un mes más tarde, en el plató.

Se filmaba una película del Oeste, y el director me pedía un diálogo adicional con el objeto de alargar una secuencia. Así que me llamaron y conduje todo el camino hacia donde estaban rodando, hacia el rancho.

La mayoría de los estudios tienen un rancho como decorado destinado a las secuencias de acción de las películas de vaqueros, y éste era uno de los más viejos; estaba en uso desde los días del cine mudo. Lo que me fascinaba era el fuerte de madera, donde se realizaba ahora la escena de multitud... Podría jurar que lo recordaba de los días de una de las primeras películas de Tim McCoy. De manera, pues, que nada más reunirme con el director y garrapatear unas pocas líneas adicionales para las figuras destacadas, comeneé a husmear por la parte trasera del fuerte, lleno de curiosidad, mientras se preparaban para los nuevos tiroteos.

En el exterior y por la parte delantera, bullía la habitual confusión organizada; cuadro de actores y equipo alrededor de los avances de película, extras tendidos sobre la hierba tomando café. Pero allí, en los fondos, me encontraba completamente solo, rondando por mohosas y elevadas habitaciones construidas para películas olvidadas. Hoot Gibson estuvo en este bar, y Jack Hoxie se había balanceado en la araña de este salón de baile. Allí se veía una mesa cubierta de polvo donde se sentara Fred Thomson, y a la vuelta de la esquina, en el camastro de utilería...

A la vuelta de la esquina, en el camastro de utilería, Jimmy Rogers se hallaba sentado sobre el borde de un colchón enmohecido, y alzó la vista a mí, sobresaltado al ver que me acercaba.

-¿Usted...?

Expliqué someramente mi presencia. Él no tenía necesidad de aclarar la suya; se le había llamado para un día de trabajo en escenas de muchedumbre.

-Estuvieron atascados todo el día, y hace calor allá. Se me ocurrió que quizá podía escabullirme aquí detrás y echar un breve sueñecito en la sombra.

-¿Cómo sabía adónde ir? -pregunté-. ¿Estuvo aquí alguna vez antes?

-Claro. Hace cuarenta años, en este mismo camastro. Junie y yo solíamos venir aquí durante la pausa del almuerzo y...

Se detuvo.

-¿Qué anda mal?

Algo *andaba* mal. En la apariencia que le daba el maquillaje, Jimmy Rogers era la perfecta imagen del hombre canoso de la vieja guardia del Oeste; chaqueta de piel de ante, camisa adornada con flecos, patillas blancas y todo. Pero debajo del maquillaje se notaba la palidez, y las manos que asían el sobre estaban temblando.

El sobre...

Me lo tendió.

-Tenga. Quizá convenga que lea esto.

El sobre no tenía lacre, ni sello, ni señas. Contenía cuatro páginas dobladas, cubiertas con una fina escritura a mano. Las extraje lentamente. Jimmy me miraba con fijeza.

-Lo hallé tirado sobre el colchón cuando entré -murmuró-. Esperándome.

-¿Pero qué es esto? ¿De dónde ha llegado?

-Léalo y verá.

Al empezar a desdoblar las cuartillas, sonó el silbato. Ambos conocíamos la señal; la escena estaba preparada, lista para rodar; a primeros actores y extras se les reclamaba allá fuera ante las cámaras.

Jimmy Rogen se puso de pie y salió; un hombre cansado que arrastraba los pies hacia el caliente sol. Le dirigi un gesto con la mano, me senté en el mohoso colchón y abrí la carta. La escritura se mostraba descolorida, y una delgada capa de polvo cubría las páginas. En todo caso, aún se podía leer, todas las palabras...

«Querido: He procurado llegar a ti tanto y de tantas maneras.. Desde luego te he visto, pero hay mucha oscuridad allí fuera, no siempre puedo estar segura; y, además, tú también has cambiado bastante con el paso de los años.

»Pero yo te vi, muy a menudo, aunque sólo fuera por un momento. Y guardo la esperanza de que me hayas visto, porque siempre me preocupo de hacer un guiño o cualquier clase de movimiento a fin de atraer tu atención.

»El único impedimento es que no puedo mostrarme demasiado y por mucho tiempo, pues habría dificultades. En eso consiste el gran secreto: mantenerse sin destacar, así los demás no me advertirán. De esa forma no asustaré a nadie, ni nadie se preguntará por qué en el último plano hay más gente de la que debiera.

»Esto es algo que debes recordar, querido, en cualquier caso. Uno se encuentra siempre seguro, con tal que eluda los primeros planos. Las películas de época son las mejores... casi todo lo que hay que hacer es agitar los brazos por ratos y gritar "a la Bastilla" o algo por el estilo. Esto realmente no importa, excepto para los que leen los labios, puesto que es muda, naturalmente.

»Oh, hay mucho de qué cuidarse. Disfrazado como extra, tienes estas posibilidades, pero no en las escenas de salón de baile... demasiado baile. Esto vale también para las fiestas particularmente en una producción de De Mille, en las que se divierten una barbaridad, o una de las orgias de Von Stroheim. Además, las escenas de Von Stroheim siempre las cortan.

»El corte no perjudica, no me entiendas mal. No es diferente de un fundido al final de una escena; entonces eres libre para irte a otra película. Es algo que siempre se ha hecho, al menos en tanto quedan todavía copias disponibles en alguna parte. Es como dormirse y tener un sueño tras otro. Los sueños son las escenas, claro está, pero mientras las escenas se están realizando, son reales.

»No soy la única, tampoco. Ni se puede decir cuántos hacen lo mismo; quizá cientos de los que yo conozco; pero sólo a unos pocos estoy segura de haberlos reconocido, y creo que varios de ellos me han identificado.

Nunca hacemos la entrada sobre otro conocido, porque de esa manera no despertamos las sospechas de nadie sobre nosotros.

»En ocasiones pienso que si pudiéramos conversar sobre estas cosas, quizá obtendríamos una mejor comprensión de la forma en que esto sucede, y por qué. Pero la cuestión está en que no se puede hablar, todo es mudo; sólo te es permitido mover los labios, y si trataras de transmitir una cosa tan difícil en pantomima, seguramente llamarías la atención.

»Supongo que lo más cercano a una explicación que se halla a mi alcance es decir que es como una reencarnación... puedes representar mil papeles, aceptar o rechazar cualquier parte que desees, con la condición de que no te hagas notar ni actúes de modo que se altere el argumento.

»Naturalmente, te acostumbras a ciertas cosas. El silencio, claro. Y si apareces en una mala escena, hay fluctuaciones; inclusive a veces el aire parece lleno de granos, y durante algunos cuadros ocurre que se te ve desvaído o fuera de foco.

»Lo cual me recuerda.., otra cosa de la que debe uno mantenerse distanciado: las comedias de payasadas. Las primeras producciones de Sennet son lo peor, aunque Larry Semon y algunos de los otros son igualmente malos; todas esas escenas a cámara rápida marean.

»Una vez que has aprendido a ajustarte, todo va bien, incluso si estás mirando al público de fuera de la pantalla. En un principio la penumbra estremece un poco..., pero es necesario recordar que se trata de un teatro, que allí fuera sólo hay gente, gente común contemplando una película. No saben que puedes verles. No sospechan que, mientras dura tu escena, eres tan real como ellos, aunque de un modo diferente. Andas, corres, sonríes, frunces el ceño, bebes, comes...

»He ahí otra cosa para recordar, la de la comida. Mantenerse alejado de esos relampagueantes Escándalos Indigentes en los que todo es barato y de imitación. Ve a donde haya verdaderos vestuarios, grandes producciones con secuencias de banquetes y auténtica comida. Si trabajas rápidamente, puedes coger lo suficiente para subsistir en unos pocos minutos, mientras estás fuera de cámara.

»Ser siempre muy cuidadoso: ésa es la regla de oro. No dejarse sorprender. Es tan poco tiempo, y rara vez tienes la oportunidad de hacer algo por tu cuenta, ni siquiera en una larga secuencia. Me preocupa desde siempre conseguir la ocasión de escribirte... lo he planeado durante mucho tiempo, querido, pero no ha sido posible hasta ahora.

»Esta secuencia se está realizando fuera del fuerte, pero hay una enorme multitud de colonos y gente del ferrocarril, y se me presenta una posibilidad de escabullirme hasta las habitaciones de atrás... permanecen en cámara al fondo del cuadro durante toda la acción. He hallado estos objetos de escritorio y una pluma, y estoy garabateando con toda la prisa posible. Espero que puedas leerlo. ¡Es decir, si alguna vez das con la oportunidad!

»Naturalmente, no enviaré esto... me asalta una extraña corazonada. Mira; reparé en este decorado en pie aquí detrás, el camastro al que tú y

yo solíamos venir en los viejos días. Dejaré esta carta sobre el colchón, y rezaré.

»Sí, querido, yo rezo. Alguien o algo sabe de nosotros y de lo que sentimos, cómo experimentamos la vida en las películas. He aquí por qué me encuentro en este lugar, no me cabe duda de ello; porque siempre amé las películas así. Alguien que sabe eso, sabe también cómo te amé. Y todavía te amo.

»Me parece que debe de haber muchos cielos y muchos infiernos; cada uno de nosotros va tramando el suyo propio, y...»

Aquí se interrumpía la carta.

No llevaba firma, pero desde luego yo no la necesitaba. Y no habría probado nada. Un viejo solitario nutriendo el amor de ella durante cuarenta años, manteniéndola viva en su interior, hasta que irrumpe en la forma de una alucinación sobre la pantalla... ese hombre, concebiblemente, podía recorrer todo el camino de una ruptura esquizoide aun hasta el extremo de imitar la letra de una mujer a fin de poner por escrito en forma racional su obsesión.

Empecé a doblar las hojas, y la dejé caer sobre sobre el colchón en el momento en que el penetrante alarido de una sirena de ambulancia me sobresaltó y me puso en súbito movimiento.

Aunque gané a la carrera la salida, creía saber qué era lo que había de hallar; la multitud apiñada en torno de la figura yacente en el polvo bajo el ardiente sol. Los viejos se fatigan fácilmente con el calor, y en seguida el corazón...

Mientras lo subían a la ambulancia, Jimmy Rogers se mostraba como si ostensiblemente estuviera sonriendo a su sueño. Y yo me alegré por eso; al menos habla muerto con sus ilusiones intactas.

-Se desplomó exactamente durante la escena... se hallaba de pie, aquí, y al minuto siguiente...

Mientras charlaban y parloteaban, me fui y regresé atrás del fuerte, al camastro.

La carta habla desaparecido.

Quedó sobre el colchón, y ya no estaba. Quizá alguien pasó por allí mientras yo presenciaba la partida de Jimmy. Tal vez el viento la sacó por la puerta y la empujó a través del desierto en una caliente ráfaga. Probablemente no hubo carta. Se puede elegir... todo lo que yo puedo hacer es narrar los hechos.

Y no hay muchos más que contar.

No asistí al funeral de Jimmy Rogers, si es que tuvo uno. Ni siquiera sé dónde fue enterrado; es probable que la Motion Picture Fund se hiciera cargo de él. Estos hechos, como quiera que hayan sucedido, no son importantes.

Durante unos días, no me interesé demasiado en hechos. Me ocupé en posibles respuestas a unas pocas abstracciones sobre metafísica... reencarnación, cielo e infierno, la diferencia entre la vida real y la vida filmada. Continué pensando en esas viejas películas cuyas imágenes se ven en la pantalla; imágenes de personas reales dedicadas a hacernos creer. Pero es que, aun después de muertos, lo que ellos hacen creíble persiste, y eso es también una forma de realidad. Quiero decir, ¿dónde se encuentra la frontera? Y, si existe una frontera, ¿es posible trasponerla? *La vida no es sino una sombra en movimiento...*

Shakespeare dijo eso, pero yo no tenía la certeza de qué quiso decir.

Aún no estoy seguro; pero hay un hecho más que debo contar.

La otra noche, por primera vez desde la muerte de Jimmy Rogers, concurrí nuevamente al Cine Mudo.

Pasaban *Intolerancia*, una de las mejores de Griffith. Allá por el 1916, construyó el más alto exponente de decorados jamás mostrado en la pantalla; el inmenso templo, en la secuencia de Babilonia.

Una toma como ésa nunca deja de impresionarme, y así ocurrió también; un ancho ángulo en el enorme templo, con miles de personas desplazándose como hormigas en medio de las gigantescas tallas y las colosales estatuas. En la distancia, más allá de los escalones guardados por elefantes de piedra, aparece un poderoso muro, su tope cubierto por diminutas figuras. Verdaderamente hace falta mirar detenidamente para distinguirlas. Pero yo miré atentamente, y esta vez puedo jurar lo que vi.

Uno de los extras, allá arriba, sobre el muro del fondo, era una muchacha sonriente con largos rizos rubios. Y de pie a su lado, con un brazo sobre los hombros de ella, se encontraba un anciano alto de patillas blancas. No hubiera divisado a ninguno de los dos, excepto por una cosa.

Me hacían señas con las manos, agitando los brazos...